

CAPÍTULO X

(1523—1524)

Sublevaciones de los mixes y zapotecas. — Los vecinos de la villa del Espíritu Santo procuran pacificar la provincia. — Esfuerzos que hace para conseguirlo el capitán Luis Marín. — Va á México á pedir auxilio. — Dale Cortés tropa española é instrucciones para poblar una villa. — Organízase una expedición en el Espíritu Santo. — Dificultades que en la marcha oponen los accidentes del terreno. — Combates. — Llega la expedición á Chiapa. — Danse de paz los pueblos de la provincia. — Los españoles no se resuelven á fundar una villa. — Vuelta de la expedición al Espíritu Santo. — Disgusto y perturbaciones causadas por Alonso de Grado y Diego de Godoy. — El capitán Marín los hace prender. — Riña entre Godoy y Bernal Díaz del Castillo — Motivo de esta riña. — Llega la expedición de vuelta al Espíritu Santo. — Sale Pedro de Alvarado de México á la conquista de Guatemala. — Combate en Tehuantepec y toma del peñón de Güelmo. — Atraviesa la provincia de Soconusco. — Combate con los de Utatlán y Quetzaltenango. — El señor de Utatlán se da de paz á Pedro de Alvarado. — Llegan los españoles á Utatlán. — Desconfianza de Pedro de Alvarado. — Manda quemar al señor de Utatlán. — El señor de Guatemala se da por vasallo al rey de España. — Pedro de Alvarado entra en la ciudad de Guatemala. — Conquista de las provincias limítrofes. — Cortés envía otra expedición al Espíritu Santo. — Va como jefe de ella Rodrigo de Rangel. — Sale Rodrigo de Rangel del Espíritu Santo para Zimatlán. — Combates que sostiene en su marcha. — Llega á Zimatlán. — Vuelta de la expedición al Espíritu Santo. — Escasez de artillería y parques — Cortés fabrica pólvora y funde cañones. — Envíanse al rey nuevos regalos. — El cañón «Fénix.» — Lo que de él se dijo en la corte.

Desde que Gonzalo de Sandoval abandonó la villa del Espíritu Santo, fundada en la fértil vega del Goatzacoalco, y Pedro de Alvarado volvió á México dejando la mal poblada villa de Segura de la Frontera, de donde habían de huir los disgustados vecinos buscando tranquilidad y riquezas, toda la provincia de Oaxaca volvió á insurreccionarse, siendo los mixes los que por su número y valor en mayores conflictos pusieron á los españoles y á sus aliados.

Los vecinos de la villa del Espíritu Santo se encontraban como en una isla rodeados de enemigos. Había entre ellos muchos de los viejos conquistadores de Cortés; pero á pesar de ser tan diestros en la guerra, los sublevados no les dejaron cobrar los tributos, los pueblos les negaban toda obediencia y constantemente eran espiados sus menores movimientos en busca de oportunidad para sorprenderles desprevenidos y matarles.

Grandes términos tenían repartidos los pobladores del Espíritu Santo, Goatzacoalco, Citla, Zimatlán, Tabasco, Chontalpa, Cachula, Soque, Chilenes y otra multitud de pueblos, de los cuales hasta los nombres estaban adulterados, porque sólo el título tenían los encomenderos sin poder gozar la posesión ni percibir los frutos del repartimiento.

Gente de guerra llegaba hasta los ejidos de la población, y constantemente andaba una capitanía de pueblo en pueblo, procurando reducirlos al orden y obtener el pago de los tributos.

Pero eran inútiles diligencias con enemigos tan obstinados que cada día se hacían más audaces y más irreconciliables.

Mandaba aquella plaza el capitán Luis Marín, que apuraba su valor y su ingenio para sacarla de tan triste situación; ocurriósele, entre otras cosas, para traer de paz á los de Zimatlán, enviarles como mensajeros cuatro soldados españoles, pensando que la convicción por el razonamiento podría alcanzar más que el vigor por las armas, y fijo en esta determinación, señaló para esa empresa á Rodrigo de Enao, á Francisco Martín, á Francisco Jiménez y á Bernal Díaz del Castillo.

Admira verdaderamente, cuando se lee y se medita la historia de la conquista del continente americano, el valor, la energía y la abnegación con que aquellos hombres, soldados ó frailes, obedeciendo la orden de un jefe, ó alentados por su espíritu de propagandismo religioso, se lanzaban solos ó con escasa compañía atravesando países desconocidos, en medio de enemigos implacables, ignorando las costumbres y los idiomas, y sin elementos siquiera para alcanzar la subsistencia, pero sin vacilar en su ánimo y sin arredrarse por las dificultades. Soldados que buscaban los campamentos del enemigo con quien habían combatido la víspera, para irle á ofrecer como embajadores, no la paz, sino el yugo; rasgo de audacia que hoy mismo no se atreverían á imitar los oficiales de los ejércitos europeos á pesar de que las leyes de la guerra han revestido de tan sagrado

carácter á los parlamentarios; frailes que llevaban sus predicaciones caminando á pié y solos hasta remotas tierras adonde hoy se puede llegar con dificultades, contando con los elementos de la civilización, de la unidad de gobierno, de idioma y de costumbres.

Bernal Díaz y sus compañeros llegaron cerca de Zimatlán, pero ni siquiera lograron ser escuchados; los enemigos se arrojaron sobre ellos. Dos españoles, Enao y Jiménez, murieron en el acto, y los otros dos, Bernal Díaz y Francisco Martín, mal heridos, volvieron al Espíritu Santo después de veintitres días, cuando ya en la villa se les tenía por muertos, y el capitán Luis Marín les había vendido sus bienes y repartídoles á otros sus encomiendas. Como no era posible apaciguar aquella rebelión y cada día era más urgente el remedio, Marín resolvió ir á México en busca de refuerzo; consiguió su intento, y Cortés le dió algunos ballesteros, arcabuceros y jinetes y además dos tiros de artillería. Esta expedición salió de México por el 8 de diciembre de 1523.

Marín recibió orden de formar una columna expedicionaria con los soldados que llevaba y los vecinos útiles de la villa del Espíritu Santo y salir á la conquista y pacificación de la provincia de Chiapa, poblando en ella una villa de españoles.

Llegó el capitán al Espíritu Santo; organizó la expedición y salió de la villa comenzando desde las primeras jornadas á luchar, más que con la resistencia del enemigo, con las dificultades del terreno, que desde el principio se presentaba escabroso; cubierto de bosques y atravesado por inmensos pantanos.

Los chiapanecas eran una nación poderosa tanto por su número como por su valor y destreza en la guerra. Bernal Díaz, que era uno de los conquistadores más antiguos y que en más batallas se había encontrado, dice que eran los mayores guerreros que *había visto en la Nueva España, aunque entren en ellos los tlaxcaltecas, ni mexicanos, ni zapotecas, ni mixes.*

Las armas de aquellos guerreros eran varas tostadas, especie de picas de madera, cuya punta estaba endurecida por el fuego, flechas, hondas, porras ó mazas con macana; es decir, erizadas de pedernales; y tan diestros eran en el manejo de aquellas armas, que en la primera descarga que hicieron sobre los españoles en Ixtapa mataron dos soldados y cuatro caballos, hirieron á fray Juan de Barillas, que iba con la expedición, al capitán Luis Marín y á trece soldados españoles, causando además gran estrago entre los aliados.

Repetidos eran los combates en que los españoles obtenían la ventaja por la superioridad de sus armas ofensivas y defensivas; pero siempre con grandes pérdidas de hombres y caballos que les era imposible reparar.

Llegaron así hasta cerca de la ciudad de Chiapa. Separábase de ella un río, y entonces vinieron en su

auxilio algunos prisioneros que de Jaltepec tenían los de Chiapa y que proporcionaron canoas para el paso de los españoles, al mismo tiempo que se levantaban en armas contra sus enemigos en la ciudad.

Tomó el capitán Luis Marín á Chiapa, y diéronse allí de paz los señores de la tierra, haciendo al capitán español algunos presentes de oro, disculpándose de haber salido en guerra contra ellos y pidiendo que no se consintiera á sus enemigos de Cachula y de Jaltepec que incendiaran las casas. Aquella población tenía el aspecto de una gran ciudad, según dice Bernal Díaz, cuyo testimonio como actor en aquellos acontecimientos y hombre además sencillo, veraz y observador, es de gran peso en estas relaciones.

Fray Juan de Barillas entró en los templos y derribó y quebró todos los ídolos que encontrar pudo.

El capitán Marín por medio de los prisioneros envió á llamar de paz á los pueblos comarcanos y presentáronse luego los de Zinacatlán, Copahustlán, Pinola, Hueyhuistlán, Chamula y otros, porque bajo su obediencia tenían los de Chiapa á los zoques, zentales y quelenes.

Predicóles fray Juan y comenzaron los indios por imitación á adorar la cruz y á manifestar deseos de bautizarse; pero cuando las cosas se presentaban tan favorables un soldado español con ocho de los aliados mexicanos entróse en Chamula, exigió al cacique que le diese oro y le redujo á prisión porque no le daba en tanta cantidad como él apetecía.

Esto fué bastante para que se encendiera la chispa de una insurrección que se propagó hasta el pueblo de Hueyhuistlán y que Marín no pudo sofocar ni aun poniendo preso al soldado y ofreciendo mandarlo á México para que fuera castigado por Cortés.

Hubo necesidad de ir á combatir á los de Chamula dejando á los de Chiapa ya sometidos; pero aquella insurrección tan poderosa llegó á hacerse, que fué necesario un sitio en forma para ganar una fortaleza, en donde se refugiaron los de Chamula, y que tomaron los españoles cuando los defensores la abandonaron huyendo á la montaña.

Siguió la expedición rápidamente hasta llegar á la margen de un río que pareció á propósito al capitán español para fundar un pueblo; aquella parte del territorio se dió en encomienda á Bernal Díaz por haber sido el primero que entró en la fortaleza de los chamultecas; pero el capitán Luis Marín no se decidió á poblar en aquel punto, que fué después escogido para fundar la que se llamó Villa Real ó Chiapa de los españoles.

Varias veces se intentó poblar una villa, según las instrucciones de Cortés; pero unos porque tenían buenos repartimientos en la del Espíritu Santo y otros porque no querían quedar en medio de tantos enemigos ni recibir encomiendas cuyos tributos no era fácil percibir, se opusieron constantemente á establecer aquella pobla-

ción, y después de muchos combates, de grandes trabajos y de haber castigado á los de Zimatlán, que habían matado dos españoles y herido otros dos, cuando Bernal Díaz fué á llamarles de paz por orden del capitán Luis Marín, volvió la expedición al Espíritu Santo muy disminuída de hombres y caballos, sin haber conseguido verdaderamente la conquista de aquellos pueblos ni haber poblado una villa, como quería Cortés.

Causaron grande trastorno en toda la marcha Alonso de Grado y el escribano Diego de Godoy, porque ambos eran discólos é inquietos y á cada momento encontraban medio de encender discordias y rencillas entre los españoles, al extremo de que el capitán Marín llegó á poner presos al uno y al otro con grillos y cadenas, enviando á México á Alonso de Grado para que Cortés le castigase y dejando libre á Diego de Godoy en fuerza de súplicas y ruegos.

Pero ese Diego de Godoy tuvo una riña á cuchilladas con Bernal Díaz del Castillo, en la que ambos salieron heridos, porque Godoy aconsejaba á Marín, empeñándose calurosamente, que mandase herrar y tomar como esclavos á todos los indios de ambos sexos que fueran naturales de pueblos que se habían sublevado después de darse por vasallos del rey de España; contrariábale Bernal Díaz, y originóse de esto la disputa y la riña; Marín siguió el parecer de Bernal Díaz y mandó que ni se tomasen por esclavos, ni se herrasen, ni se molestase á aquellas gentes.

La marcha de Pedro de Alvarado á la conquista de Guatemala, diferida como la de Olid por la llegada de Francisco de Garay, quedó definitivamente arreglada; y Alvarado, con ciento sesenta caballos, trescientos peones, cuatro tiros de artillería y algunos acompañantes, personas principales de México y sus alrededores, salió de la capital de Nueva España el 6 de diciembre de 1523.

El ejército de Alvarado atravesó la provincia de Oaxaca sin más dificultad que haber tenido que combatir un peñol fortificado en Guastepec, que llamaban de Güelamo, por ser de la encomienda de un soldado que así se apellidaba.

Signió de allí para Tehuantepec, en donde fué recibido de paz y con grandes obsequios, y dirigióse luego á la provincia de Soconusco, y de allí hasta Zapotitlán comenzó á encontrar enemigos que se opusieron á su marcha.

La primera batalla reñida que se dió en esta conquista fué en el paso del río, que se llamó de Zalamá, á la que siguieron otras dos en las que, aunque reciamente pelearon los españoles, ni los enemigos se desalentaron ni parecía disminuir su número.

Así llegó hasta un pueblo nombrado Quetzaltenango, que fué en el camino valerosamente defendido por sus habitantes.

En la subida de aquellas alturas encontraron los españoles una india muy gorda que tenían los naturales

del país por hechicera, y parece que era costumbre de los pueblos ó de las tribus de aquella parte del continente llevar mujeres de estas á los combates, pues lo mismo refiere Bernal Díaz haber visto en la entrada que los del Espíritu Santo hicieron á Chiapa con el capitán Luis Marín.

Los guerreros de Uatatlán en gran número vinieron á atacar también á los españoles en el camino de Quetzaltenango, y fueron batidos con tal pérdida, que un



La Batalla de Uatatlán dio don Pedro de Alvarado a los yndios.

Batalla de Uatatlán. (Tomado de las *Decadas de Herrera*, edición de 1726)

lugar que se decía Olin-tepec le llamaron después Xequiquel, que puede traducirse: *debaajo de la sangre*.

Murieron dos capitanes principales de los de Uatatlán en estas batallas, y Pedro de Alvarado recibió una herida en un muslo, de cuyas resultas quedó cojo toda su vida, pero ni unos ni otros podían dejar de combatir; volvieron los de Uatatlán sobre Alvarado y volvió éste á tener que salir de Quetzaltenango para dar batalla.

Mandó entonces Sequechul, señor de Uatatlán, embajadores á Pedro de Alvarado ofreciendo la paz é invitándole para que fuese á alojarse á su corte. Aceptó Alvarado y con toda su gente llegó á Uatatlán; pero al entrar al alojamiento que le estaba destinado observó que sólo tenía dos puertas, la una, donde podía llegarse subiendo veinticinco escalones, y la otra, que daba salida á una calzada mala y casi deshecha: además que las casas estaban muy apiñadas y las calles eran muy estrechas, á todo lo que se agregó que uno de los de Quetzaltenango le dijo que se trataba de poner fuego á todas aquellas casas durante la noche y aprovechándose del incendio matar á los españoles.

Alvarado creyó todo aquello y salióse á acampar fuera de poblado.

La vista de muchos escuadrones armados que tenía el señor de Uatatlán y el haber creído que se mostraba triste y disgustado porque los españoles no permanecieron dentro del pueblo, fueron para Alvarado pruebas de la traición del rey Sequechul, y mandándole prender inmediatamente le quemó sin hacer la menor averiguación del supuesto delito.

Conociendo el duro corazón y la perversa índole de Pedro de Alvarado, no puede causar extrañeza aquella ejecución; pero sí la causa el que cada vez que entraba de paz en algún pueblo se suponía que trataban de incendiar su alojamiento y daba sobre el rey ó señor de la tierra. Lo mismo que pasó en Utlatlán aconteció también en Tututepec cuando Alvarado entró allí; entonces dijo que la denuncia venía de los de Tehuantepec, y en Utlatlán echó la culpa á los de Quetzaltenango. Ixtlilxóchitl, creyendo añadir un timbre de gloria á los que ya tenía, como servidor de los enemigos de su patria, cuenta que en Tututepec él fué quien advirtió á Pedro de Alvarado la traición del cacique, y fué por consiguiente causa de la muerte de ese cacique.

En las obras de Bernal Díaz del Castillo que corren impresas, se lee en el capítulo CLXIV, hablando de la muerte del rey Sequechul, lo siguiente: «que fray Bartolomé de Olmedo pidió á Alvarado que quería ver si podía enseñarle y predicarle la fé de Cristo para le bautizar; y el fraile pidió un dia de término, y no lo hizo en dos; pero al fin quiso Jesucristo que el cacique se hizo cristiano, y le bautizó el fraile, y pidió á Alvarado que no le quemasen, sino que le ahorcasen, y el Alvarado se lo concedió, y dió el señorío á su hijo;» pero el historiador capitán don Francisco Antonio de Fuentes y Guzmán, natural, vecino y regidor perpetuo de la ciudad de Guatemala, descendiente de Bernal Díaz del Castillo y que en su poder tenía el original de la obra de éste, dice en su *Historia de Guatemala ó Recordación Florida*, escrita en el siglo XVII y publicada por primera vez en Madrid el año de 1882 por el señor don Justo Zaragoza, laborioso americanista y á quien tan importantes servicios debe nuestra historia, lo siguiente:

«No consta, en todo el cap. 162 del original borrador de mi Castillo que el rey Sequechul, al tiempo de morir, se redujese á nuestra santa fee católica, ni que recibiese el bautismo, ni ménos que se le diesen por el Adelantado D. Pedro de Alvarado tres dias de término para instruirse en los Sagrados misterios de nuestra religion, ni que se conmutase la sentencia, en que se le diese garrote y no fuese quemado; porque de la pronunciacion de la sentencia á la ejecucion de ella, no hubo intermision de tiempo, y le quemaron luego á la hora de la misma sentencia jurídica. Y se opone á esta verdad del original, lo que se dice en el cap. 164, fol. 172 de lo impreso á diligencia del R. Padre Maestro Fr. Alonso Remón, del órden de nuestra Sra. de la Merced, en que tambien hallo adulterado el sentir de mi verdadero autor y progenitor; añadiéndole en esta parte, lo que no se halla en este borrador de su letra y autorizado por su propia firma, comprobada con las que se hallan suyas en los libros de Cabildo, y con otras que hay en nuestro poder; ni ménos conviene lo impreso con el traslado en limpio que se sacó, por el que se envió á España para la primera impresion,

para remitir duplicado, que, no habiendo ido, conservan los hijos de D.^a Maria del Castillo, mis deudos, autorizado con la firma del Dr. D. Ambrosio Diaz del Castillo, su nieto, Dean que fué de esta santa Iglesia Catedral primitiva de Goathemala. Y lo que se refiere de la cristiandad de este Rey, al tiempo de su muerte, es añadidura de lo impreso, verificándose, tambien, haberle sustraído y usurpado sus dos primeros capítulos, dividiéndole en partes, desde el 3.^o en adelante, con tan poco órden y cautela que antes viene á haber demás, de lo manuscrito á lo impreso, hasta el 162 capítulo, ó haberse arreglado con el mismo órden de lo que se halló de enumeracion de capítulos en sus amanuenses.»

Dueño de Utlatlán Pedro de Alvarado con la muerte del rey Sequechul, dió el señorío de la tierra al hijo de aquel monarca, y comenzó á hacer salidas reduciendo á los pueblos circunvecinos y afianzando la conquista.

Los de Guatemala, enemigos de los de Utlatlán, recibieron con gusto la nueva de todo lo acontecido, y brindáronse de paz al conquistador, ofreciéndose por vasallos del monarca español y prometiendo el auxilio de sus tropas para proseguir las conquistas.

Alvarado admitió aquellos ofrecimientos y pidió el auxilio de dos mil indios de Guatemala, que tardaron poco tiempo en llegar á incorporarse con las tropas españolas.

Alvarado mandó herrar como esclavos un gran número de indios del país de Utlatlán, pagó de ellos el quinto real y repartió el resto entre los soldados españoles; púsose luego en marcha con todo su ejército para Guatemala, en donde fué recibido con muestras de estimación y protestas de vasallaje por Sinacam, que era el señor ó rey de la tierra.

Andaba en aquella sazón el señor de Guatemala en guerra con un rebelde llamado Ahpocaquil, y Alvarado, procurando que aquella guerra no cesara porque en la división estaba su triunfo, emprendió la conquista de Atitlán, cuyo rey era aliado del rebelde.

Sujetóles lo mismo que á todos los sotogiles y á los de Ixcuintepec, que eran de la tierra de los pipiles.

Sin embargo, en poco estuvo que aquellas guerras civiles hubieran costado la vida al rey, porque al entrar Alvarado á Guatemala, mirando el aparato bélico que con motivo de esa guerra había en la ciudad, despertóse su natural desconfianza creyendo que se le había preparado una celada, y preciso fué que el señor de Guatemala le calmara probándole que aquellas tropas estaban destinadas á la guerra que sostenía con sus rebeldes vasallos.

Entonces puede decirse que consumada quedó la conquista de Guatemala, aunque después tuvo necesidad de hacer algunas expediciones.

Al terminar esa campaña, Alvarado dijo públicamente que nunca se había en tan grave trance encontrado, como en sus combates con los de Utlatlán, pero

que se había hecho *buena hacienda*. Fray Bartolomé de Olmedo, que era el amigo inseparable de Alvarado, contestóle que debía dar gracias á Dios y hacer una fiesta en honra de la Virgen; parecióle bien la idea al conquistador, levantóse un altar, dijo misa y predicó el padre Olmedo, y pasó día y medio confesando á todos los españoles, y de allí á dos días bautizáronse los treinta primeros indios cristianos que hubo en Guatemala ¹.

Entre tanto Cortés había enviado otra expedición á la villa del Espíritu Santo, que salió de México á las

órdenes del capitán Rodrigo de Rangel, el 5 de febrero de 1524; esa expedición no alcanzó tampoco grandes ventajas en la conquista y pacificación del norte de Oaxaca y de la provincia de Chiapas.

Rangel no era hombre para aquellas empresas; estaba además muy enfermo, y tanto los soldados que con él iban como los que se le agregaron en el Espíritu Santo, le tenían tan en poco, que constantemente se burlaban de él y de sus disposiciones.

Muchos días caminaron entre montañas y pantanos en combates en que alcanzaron poco resultado y menor



Vista del Popocatepetl

gloria, y las dificultades llegaron á aparecer tan grandes á los ojos de Rangel, que se hubiera vuelto sin llegar á Zimatlán, punto objetivo de su expedición, á no haber sido por los consejos de Bernal Díaz del Castillo y de algunos otros de los viejos conquistadores.

Por fin aquella malaventurada expedición llegó hasta la cabecera de Uatatlán; tomó unos cuantos prisioneros, que no llegaron á veinte, volviéndose á poner en libertad, y sin haber hecho más, dejando á

¹ Según dice el padre Remesal en su *Historia de Chiapas y Guatemala*:

«Aunque la ciudad de Santiago no se asentó definitivamente hasta el día de Santa Cecilia, el 22 de Noviembre de 1527, estando de gobernador Hernando de Alverado, Pedro de Alvarado hizo ceremonia de fundacion con alarde de tropa y simulacro de combate el día 25 de Julio de 1524, día de Santiago, patron de España, por lo que conservó ese nombre la ciudad y nombró ayuntamiento que siguió funcionando regularmente.»

las provincias tan rebeldes como habían estado, volvió Rangel á la villa del Espíritu Santo, desengañado de que no era posible hacerse dueño de aquellas provincias que tanto codiciaba y cuya conquista había pedido con gran instancia á Hernán Cortés.

Los vecinos del Espíritu Santo no volvieron á hacer ninguna de esas largas expediciones hasta que pasó Cortés por allí cuando fué para las Hibueras, ni Chiapas pudo reducirse á la obediencia de España hasta mucho tiempo después, en que capitanes más afortunados ó más diestros tomaron á su cargo la empresa.

Aquellas pretendidas conquistas habían costado á los españoles muchos hombres y muchos caballos.

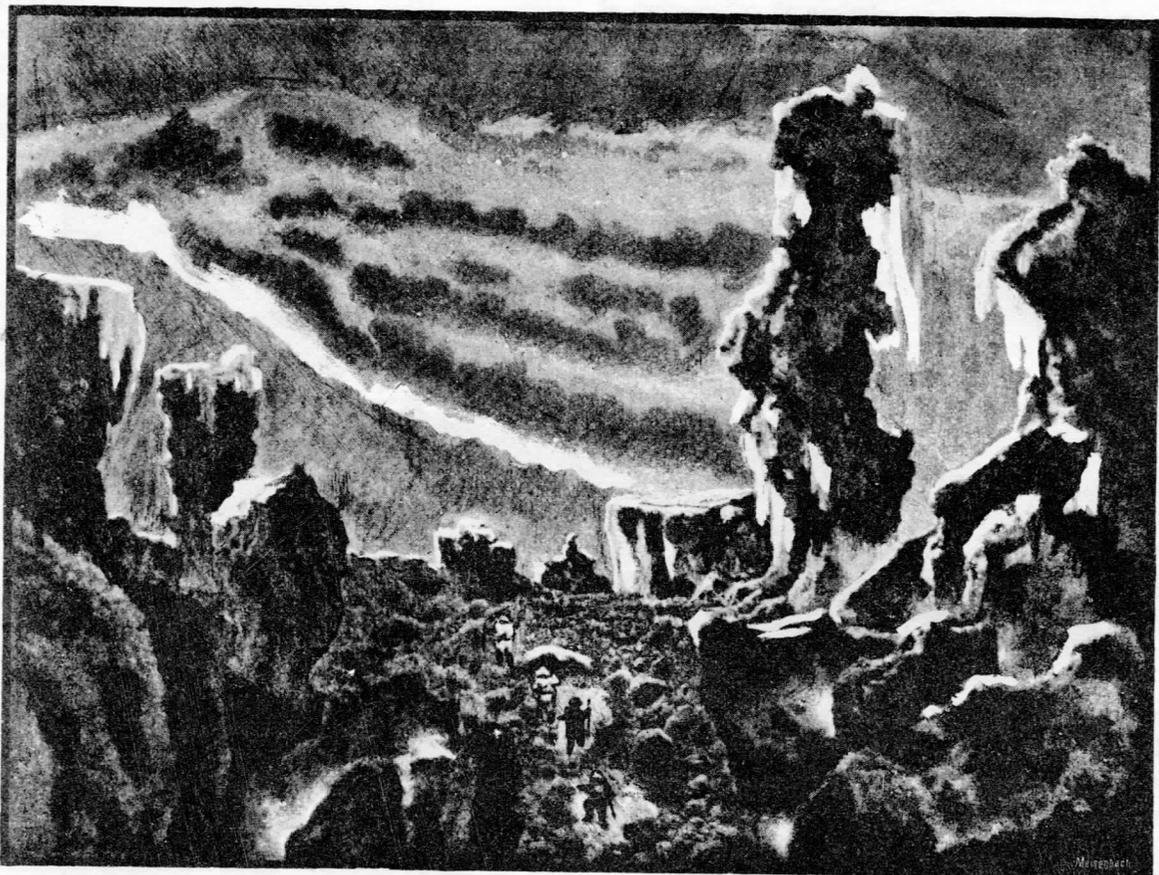
Las encomiendas no estaban pacificadas, y la falta de tributos y la rebelión de aquellos pueblos precipitaron la ruina de la villa del Espíritu Santo, que

prometía ser una de las más ricas y bien pobladas ciudades de la colonia.

Para todas aquellas expediciones ó entradas, como le llamaban los conquistadores, tropezaba Cortés con la gran dificultad de la falta de artillería y escasez de parque, porque los oficiales de la Casa de contratación de Sevilla, y especialmente el contador de ella, Juan López de Recalde, por orden del obispo de Burgos, no permitían la salida de parque, caballos y armas para la Nueva España, aunque muchas veces envió Cortés dinero para hacer esas compras.

La exploración de Montaña en el Popocatepetl, y el descubrimiento de salitre en algunas cuevas de las montañas inmediatas á México, dieron á Cortés sobrados elementos para la fabricación de la pólvora; pero la fundición de los cañones dificultósele más tiempo por la falta de los metales

Trabajó para buscar estaño y cobre con mucha diligencia, y logró encontrar cobre á gran precio, y estaño en poca cantidad, hasta que tuvo noticia de que en la provincia de Taxco, los naturales usaban piezas de estaño á manera de moneda.



Interior del cráter del Popocatepetl

Envió á Taxco Cortés algunos españoles, que consiguieron, aunque con grandes dificultades, llevar el deseado metal.

Con esto y con una rica vena de hierro que encontraron los que en busca del estaño andaban, Cortés se proveyó de artillería, y llegó á tener, según él mismo dijo al rey en su carta de 1524, treinta y cinco piezas de cobre y bronce, entre falconetes, sacres, culebrinas, medias culebrinas y serpentinos, y setenta de hierro entre lombardas, pasa-volantes, versos y otros tiros chicos. Y quizá siguió aumentándose el número de cañones, porque la gran cantidad de artillería fué uno de los indicios que en la residencia de Cortés se presentó por sus enemigos para corro-

borar la acusación de que pretendía levantarse con el reino.

Por este tiempo también Cortés, que supo lo acontecido á sus procuradores Alonso Dávila y Antonio de Quiñones, y que todo el oro y joyas que llevaban habían caído en manos de los corsarios franceses, quiso enviar al rey otros regalos que compensar pudieran la pérdida de los anteriores.

Con este pensamiento reunió gran cantidad de joyas y objetos preciosos, y además sesenta mil pesos en oro, y un cañón de artillería que fué célebre en la historia de Nueva España.

Ese cañón recibió el nombre de «Fénix;» era de plata y pesaba veintidos quintales y medio, según dice

una relación que existe en el Archivo de Indias, en España, ó veinticuatro quintales y medio, según refiere Cortés en su carta al emperador. Dos veces tuvo que hacerse la fundición porque la primera no fué feliz; costó la plata de que estaba hecha aquella pieza veinticuatro mil quinientos pesos de oro y la fundición y grabado tres mil pesos de oro más.

Discutióse gravemente en el alojamiento de Cortés el mote que había de ponerse al cañón; probaron su ingenio muchos de los conquistadores, no sin dar con sus producciones alegre pasto al buen humor de los demás, y grabóse, por fin, un verso que obra fué de Cortés y que decía:

«Aqueste nació sin par,
Yo en serviros sin segundo,
Vos sin igual en el mundo.»

Cortés envió como procurador suyo para llevar todas estas cosas al monarca á Diego de Soto, que salió de México á fines de octubre de 1524.

A la llegada de este cañón á España moviéronse

allí grandes envidias y disgustos contra Cortés, porque pareció á los principales capitanes del emperador que lo de *yo en serviros sin segundo*, grande orgullo y soberbia suponía y superioridad de Cortés sobre todos ellos, y fué quizá causa de que más se condensase la tempestad que constantemente amenazaba al Conquistador.

Y no podía ser de otra manera, porque los grandes señores de la corte de Carlos V, que miraban como empresa y hazaña de gente aventurera y de poca nota la conquista de Indias, no podían conformarse con que un capitán, hasta entonces desconocido, se atreviera á llamarse *sin segundo* en el servicio del rey, cuando al lado de éste se encontraban ellos, que por su antiguo y noble linaje ó por los méritos que pensaban haber adquirido en el servicio del monarca, no admitían comparación con el conquistador de México.

Pero aquellas murmuraciones no salieron del círculo de la nobleza, y el pueblo se admiró del regalo, extendiéndose más la fama de Cortés y la maravillosa riqueza de los reinos que había conquistado.